



La Santa Sede

MISA PARA LOS LAICOS DE LA DIÓCESIS DE ROMA
QUE TRABAJAN EN EL APOSTOLADO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

*Solemnidad de Cristo Rey
Domingo 23 de noviembre de 1980*

1. *Regnavit a ligno Deus!*

El texto evangélico de San Lucas, que se acaba de proclamar, nos lleva con el pensamiento a la escena altamente dramática que se desarrolla en el "lugar llamado Calvario" (Lc 23, 33) y nos presenta, en torno a Jesús crucificado, tres grupos de personas que discuten diversamente sobre su "figura" y sobre su "fin". *¿Quién es en realidad el que está allí crucificado?* Mientras la gente común y anónima permanece más bien incierta y se limita a mirar, los príncipes, en cambio se burlaban, diciendo: A otros salvó, sálvese a sí mismo, si es el Mesías de Dios, el Elegido". Como se ve, su arma es la ironía negativa y demoledora. Pero también los soldados —el segundo grupo lo escarnecían y, como en tono de provocación y desafío, le decían: "Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo", partiendo, quizá, de las palabras mismas de la inscripción, que veían puesta sobre su cabeza. Estaban, además, los dos malhechores, en contraste entre sí, al juzgar al compañero de pena: mientras uno, blasfemaba de él, recogiendo y repitiendo las expresiones despectivas de los soldados y de los jefes, el otro declaraba abiertamente que Jesús "nada malo había hecho" y, dirigiéndose a El, le imploraba así: "Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino".

He aquí como, en el momento culminante de la crucifixión, precisamente cuando la vida del Profeta de Nazaret está para ser suprimida, podemos recoger, incluso en lo vivo de las discusiones y contradicciones, estas alusiones arcanas al *rey* y al *reino*.

2. Esta escena os es bien conocida, hermanos e hijos queridísimos, y no necesita otros

comentarios. Pero es muy oportuno y significativo y, diría, es muy justo y necesario que esta fiesta de Cristo-Rey se enmarque precisamente en el Calvario. Podemos decir, sin duda, que la realeza de Cristo, como la celebramos y meditamos también hoy, debe referirse siempre al acontecimiento que se desarrolla en ese monte, y debe ser comprendida en el misterio salvífico, que allí realiza Cristo: me refiero al acontecimiento y al misterio de la redención del hombre. Cristo Jesús —debemos ponerlo de relieve— se afirma rey precisamente en el momento en que, entre los dolores y los escarnios de la cruz, entre las incomprensiones y las blasfemias de los circunstantes, agoniza y muere. En verdad, es una realeza singular la suya, tal que sólo pueden reconocerla los ojos de la fe: *Regnavit a ligno Deus!*

3. La realeza de Cristo, que brota de la muerte en el Calvario y culmina con él acontecimiento de la resurrección, inseparable de ella, nos llama a *esa centralidad*, que le compete en virtud de lo que es y de lo que ha hecho. Verbo de Dios e Hijo de Dios, ante todo y sobre todo, "por quien todo fue hecho", como repetiremos dentro de poco en el Credo, tiene un intrínseco, esencial e inalienable primado *en el orden de la creación*, respecto a la cual es la causa suprema y ejemplar. Y después que "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (*Jn* 1, 14), también como hombre e Hijo del hombre, consigue un segundo título *en el orden de la redención*, mediante la obediencia al designio del Padre, mediante el sufrimiento de la muerte y el consiguiente triunfo de la resurrección.

Al converger en El este doble primado, tenemos, pues, no sólo el derecho y el deber, sino también la satisfacción y el honor de confesar su excelso *señorío* sobre las cosas y sobre los hombres que, con término ciertamente ni impropio ni metafórico, puede ser llamado *realeza*. "Se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un *nombre sobre todo nombre*, para que al *nombre* de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor" (*Flp* 2, 8-11). Este es el nombre del que nos habla el Apóstol: es el nombre de Señor y vale para designar la incomparable dignidad, que compete *a El solo* y le sitúa *a El solo* —como escribí al comienzo de [*mi primera Encíclica*](#)— en el centro, más aún, en el vértice del cosmos y de la historia. *Ave Dominus noster! Ave rex noster!*

4. Pero queriendo considerar, además de los títulos y de las razones, también la naturaleza y el ámbito de la realeza de Cristo nuestro Señor, no podemos prescindir de remontarnos a *esa potestad* que El mismo, cuando iba a dejar esta tierra, definió total y universal, poniéndola en la base de la misión confiada a los Apóstoles: "Me ha sido dado *todo poder* en el cielo y en la tierra; id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado" (*Mt* 28, 18-20). En estas palabras no hay sólo —como es evidente— la reivindicación explícita de una autoridad soberana, sino que se indica además, en el acto mismo en que es participada por los Apóstoles, una ramificación suya en distintas, aun cuando coordinadas, funciones espirituales. Efectivamente, si Cristo resucitado dice a los suyos que vayan y recuerda lo que ya ha mandado, si les da la misión

tanto de enseñar como de bautizar, esto se explica porque El mismo, precisamente en virtud de la potestad suma que le pertenece, posee en plenitud estos derechos y está habilitado para ejercitar estas funciones, como *Rey, Maestro y Sacerdote*.

Ciertamente no se trata de preguntarnos cuál sea el primero de estos tres títulos, porque, en el contexto general de la misión salvífica que Cristo ha recibido del Padre, corresponden a cada uno de ellos funciones igualmente necesarias e importantes. Sin embargo, incluso para mantenernos en sintonía con el contenido de la liturgia de hoy, es oportuno insistir en la función real y concentrar nuestra mirada, iluminada por la fe, en la figura de Cristo como Rey y Señor.

A este respecto aparece obvia la exclusión de cualquier referencia de naturaleza política o temporal. A la pregunta formal que le hizo Pilato: "¿Eres Tú el rey de los judíos?" (*Jn* 18, 33), Jesús responde explícitamente que su reino no es de este mundo y, ante la insistencia del procurador romano, afirma: "Tú dices que soy rey", añadiendo inmediatamente después: "Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad" (*Jn* 18, 37). De este modo declara cuál es la dimensión exacta de su realeza y la esfera en que se ejerce: es la dimensión espiritual que comprende, en primer lugar, la verdad que hay que anunciar y servir. Su reino, aun cuando comienza aquí abajo en la tierra, nada tiene, sin embargo, de terreno y trasciende toda limitación humana, puesto que tiende hacia la consumación más allá del tiempo, en la infinitud de la eternidad.

5. A este Reino nos ha llamado Cristo Señor, otorgándonos una vocación que es participación en esos poderes suyos que ya he recordado. Todos nosotros estamos al servicio del Reino y, al mismo tiempo, en virtud de la consagración bautismal, hemos sido investidos de una dignidad y de un oficio real, sacerdotal y profético, a fin de poder colaborar eficazmente en su crecimiento y en su difusión. Esta temática, en la que ha insistido tan providencialmente el Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la Iglesia y en el Decreto sobre el Apostolado de los Laicos (cf. *Lumen gentium*, 31-36; *Apostolicam actuositatem*, 2-3) os resulta ciertamente familiar, queridísimos hermanos e hijos de la diócesis de Roma que me estáis escuchando. Pero hoy, precisamente con ocasión de la fiesta de Cristo-Rey, deseo evocarla y recomendarla vivamente a vuestra atención y sensibilidad.

Efectivamente, habéis venido a esta Sagrada asamblea, como representantes y principales responsables del laicado romano, que está más directamente comprometido en la acción apostólica. ¿Quién más y mejor que vosotros, incluso por el deber de la ejemplaridad que incumbe a los cristianos de la Urbe, en una ocasión tan significativa, está llamado a reflexionar acerca del modo de *concebir y desarrollar este trabajo*? Realmente se trata de un *servicio al Reino*, y precisamente éste es el motivo por el que os he convocado hoy en la Basílica Vaticana, para estimular vuestros espíritus a prestar un siempre vigilante, concreto y generoso servicio al Reino de Cristo.

Sé que, con miras al nuevo año pastoral, estáis estudiando el tema "Comunidad y Comunión", y habéis puesto en la base de vuestras reflexiones las conocidas palabras dirigidas por el Apóstol Juan a los primeros bautizados, que pueden ser consideradas como el programa dinámico de toda comunidad cristiana: "Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocando al Verbo de la Vida., os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros" (1 Jn 1, 1. 3).

He aquí enunciado, queridísimos, vuestro esquema de vida y de trabajo: vosotros, creyentes y cristianos, laicos y sacerdotes comprometidos, recogiendo el testimonio de los Apóstoles, habéis visto ya a Cristo Redentor y Rey, os habéis encontrado con El en la realidad de su presencia humana y divina, histórica y trascendente, habéis entrado en comunión con El, con su gracia, con la verdad y con la salvación que El ha traído, y ahora, basándoos en esta fuerte experiencia, intentáis anunciarlo a la ciudad de Roma, a las personas, a las familias, a las comunidades que viven en ella. Es una gran tarea, un alto honor, un don inefable: servir a Cristo-Rey y comprometer el tiempo, la fatiga, la inteligencia y el fervor para hacerlo conocer, amar, seguir, con la certeza de que sólo en Cristo —camino, verdad y vida (Jn 14, 6)— la sociedad y cada uno podrán encontrar el verdadero significado de la existencia, el código de los valores auténticos, la justa línea moral, la fuerza necesaria en las adversidades, la luz y la esperanza acerca de las realidades metahistóricas. Si es grande vuestra dignidad y magnífica vuestra misión, estad siempre dispuestos y alegres para servir a Cristo-Rey en todo lugar, en todo momento, en todo ambiente.

Conozco bien las graves dificultades que se encuentran en la sociedad moderna y, de modo particular, en las ciudades populosas y febriles, como es la Roma de hoy. No obstante ciertas situaciones complicadas y a veces hostiles, os exhorto a no desanimaros jamás. ¡Animo! Trabajad con celo en el ámbito de toda la diócesis y de cada una de las parroquias y comunidades, llevando por todas partes el entusiasmo de vuestra fe y de vuestro amor para un servicio puntual y fiel a Cristo Señor. Así sea.